

OCTAVIO SÁNCHEZ-MACHUCA

LA **BASÍLICA** DE  
**SELENTIS**



algaida



Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua

Primera edición: 2017

© Octavio Sánchez-Machuca, 2017

© Algaida Editores, 2017

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9067-833-6

Depósito legal: SE. 541-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A Claudia,  
a quien adoro por  
su corazón y coraje*



# ÍNDICE

CAPÍTULO 1 .....	11
CAPÍTULO 2 .....	35
CAPÍTULO 3 .....	55
CAPÍTULO 4 .....	79
CAPÍTULO 5 .....	103
CAPÍTULO 6 .....	123
CAPÍTULO 7 .....	147
CAPÍTULO 8 .....	173
CAPÍTULO 9 .....	197
CAPÍTULO 10 .....	221
CAPÍTULO 11 .....	245
CAPÍTULO 12 .....	271
CAPÍTULO 13 .....	291
CAPÍTULO 14 .....	317



# CAPÍTULO 1

*10 de mayo de 2011*

Beirut

04:36 horas



**E**L VUELO DESDE ESTAMBUL HABÍA ATERRIZADO CON hora y media de retraso y el recibimiento atmosférico fue el propio en esa época del año, sol despuntando, elevada humedad, treinta y dos grados de temperatura y olor a campo en barbecho. Para Rodrigo Jasper la jornada había sido agotadora. Dio comienzo en el aeropuerto de Fuerteventura a las siete de la mañana del día anterior, tras una monotemática noche de sexo con Michelle, la exquisita y ocasional amante, en previsión de una larga temporada de ayuno carnal. La siguiente escala la realizó en Madrid, donde aún dispuso de tiempo para comer con una antigua compañera de universidad, y a las seis de la tarde se acomodó en su asiento del Airbus de Turkish Airline que lo trasladaría hasta el antiguo imperio de la Sublime Puerta.

En ningún caso le resultaba novedoso iniciar un viaje de trabajo con semejante concatenación de actividades. Volar al amanecer y quemar las horas previas junto a una mujer formaba parte de la ceremonia para alguien que, como él, residía en Jandía y gozaba de elevado prestigio

profesional a sus treinta y ocho carnavales. Nacido en Cádiz y licenciado en Historia por la Universidad de Granada, había orientado su especialización académica hacia el mundo árabe atraído por su vasta cultura, sus grandes líderes de la antigüedad y su posterior decadencia, conocimientos adquiridos gracias a la influencia de las historias que cada noche, durante diez años, le narraba su padre antes de dormir. Por su parte, había incrementando su conocimiento de la materia y el dominio del idioma gracias a prolongadas estancias en las universidades de El Cairo, Damasco y Ammán como investigador y profesor invitado.

Rodrigo era un tipo alto, deportista, de ojos y cabellos castaños. Solía vestir de manera informal —vaqueros, zapatillas deportivas y camisetas—, salvo cuando acudía a una entrevista profesional o impartía conferencias o clases, momentos en los que rentabilizaba su metro noventa y cinco de altura luciendo trajes a medida. De fácil conversación y agudo sentido del humor, pronto captaba la atención de quienes le rodearan, ya fuesen alumnos, profesores o amigos de bares.

Como equipaje de cabina, viajaba con su inseparable mochila árida, recuerdo de su época militar, en la que transportaba sus más preciados bienes: su ordenador portátil, el cuaderno de notas y un par de libros con los que evadir su mente tras la cena, en este caso *El lenguaje político del Islam*, de Bernard Lewis, y *La carga de la brigada ligera*, protagonizada por el adorable Harry Flashman<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Personaje creado por George McDonald Fraser.

El trayecto entre la pista de aterrizaje y el vestíbulo del aeropuerto Rafik Hariri lo realizaría en lanzadera, en pie y recostado sobre la ventana de socorro observando a sus compañeros de pasaje. Era esta una costumbre adquirida en la niñez con la que imaginaba la vida y actividad profesional de la gente en función de lo feos que fuesen. En uno de sus barridos visuales conectó con una mujer joven, treinta y largos años y porte distinguido. Delgada al tiempo que curvilínea, lucía un ajustado vestido negro a juego con zapatos, bolso y gafas de sol que contrastaban con el tono tostado de su piel y sus cabellos rubios, cortos y recogidos en una minúscula cola. La coincidencia resultó efímera, ya que entre ambos se interpuso un obeso y sudoroso individuo que interrumpió el contacto. Cuando el fulano se apartó poco después, la chica se entretenía enviando mensajes desde su teléfono móvil, ausente del mundo.

Rodrigo giró entonces la vista hacia el exterior para contemplar la complejidad cromática del amanecer en la cuenca mediterránea, luces que alumbraron el camino de antiguas civilizaciones que se lanzaron a la conquista de Occidente. Sobre el limpio cielo libanés, casi en su vertical, un halcón se desplazaba despacio escudriñando cada palmo de terreno en busca de su desayuno. Poco después, ya en la terminal, activó su móvil, comprobando que había recibido cuatro mensajes, tres de Michelle diciéndole que lo echaba de menos y uno enviado desde un número libanés en el que se le comunicaba que alguien aguardaba su llegada sosteniendo un cartel con su nombre. Eligió la opción «Responder al remitente».

te» y escribió «ok» para informar que había recibido el mensaje. A Michelle le envió un escueto y *yo más*, suficiente para quedar bien.

Quince minutos después, una vez recogido su equipaje y presentado su visado y pasaporte en el control de inmigración, se dirigió al vestíbulo de llegadas, donde un hombre joven vestido con traje negro y camisa blanca sostenía un cartel en el que se leía *Welcome Mr. Jasper, Spain*.

—Soy Rodrigo Jasper —dijo en inglés.

—Señor Jasper, bienvenido. Soy Hassan, chófer del señor Mahmoud Selemtis. Puede hablarme en español si lo desea, estudié bachiller en Valladolid.

Rodrigo sonrió afable.

—Pues estupendo, Hassan, así la comunicación resultará más fácil y podremos charlar de más temas durante el trayecto.

—¿Le gusta el fútbol? Podemos hablar de la Liga española, la mejor del mundo —respondió animoso el conductor.

Rodrigo enarcó las cejas, no sabía por qué se sorprendía, si uno de cada diez habitantes de Oriente vestía camiseta del Real Madrid o del Barcelona.

—Por supuesto, aunque le advierto que no soy un especialista en la materia, solo veo los partidos más interesantes.

—No se preocupe por eso, yo le daré conversación, veo todos los partidos de la Liga y la Premier.

Hassan, al ir pendiente de la conducción, no percibió la mueca de resignación de su pasajero. Alrededor de tres horas de viaje charlando sobre fútbol era una prueba de-

masiado dura para Rodrigo, curtido en infinitas discusiones con su querido tío Salvi, pero carecía de alternativas.

—Por cierto, señor Jasper, ahí encontrará un maletín con documentación en su interior. El señor Mahmoud quiere que la revise y le entregue un informe a primera hora —informó Hassan mirando a través del espejo retrovisor.

—¿Un informe? Si aún no hemos llegado siquiera al hotel.

—Es que no nos dirigimos a ningún hotel. El señor Mahmoud desea que se hospede en su residencia privada, será usted su invitado de honor.

Rodrigo se removió en el asiento incomodado por lo que estaba oyendo. Había dormido poco durante el vuelo y su primera necesidad vital era descansar al menos ocho horas.

—Debe haber algún malentendido. Según lo estipulado en mi contrato, me alojaría en un hotel de la ciudad, no quiero causar molestias y tampoco que me las causen a mí. Y en cuanto al informe, en ningún instante se me indicó que tendría que entregar alguno recién aterrizado, necesito dormir, ducharme y comer; luego ya veremos qué hacemos —respondió con autoridad.

Hassan volvió a mirarlo por el retrovisor, el hecho de que fuese conduciendo no impedía que mantuviera una charla con el pasajero que viajaba atrás, el BMW Serie 5 mantenía su rumbo fijo sobre el asfalto. Ya se cuidarían los conductores contrarios de evitar la colisión.

—Lamento decirle que no hay hoteles en la zona a la que nos dirigimos, pero le aseguro que no encontrará nin-

guno en Líbano que supere las instalaciones ni las comodidades que le ofrece la mansión del señor Selemtis, señor Jasper. Confíe en mí, sé de qué hablo.

En ese instante se oyó el timbre de un teléfono, Hassan atendió la llamada conduciendo con una mano mientras adelantaba a un camión en una curva cerrada. Rodrigo no se alteró, se trataba de una maniobra clásica en el mundo árabe y que los conductores supervivientes llegaban a dominar. El llamante era Mahmoud y preguntaba cómo transcurría el viaje, según dedujo por las respuestas del chófer. Hassan informó que no hubo problemas en el aeropuerto y cómo reaccionó ante la solicitud del informe y el hospedaje. Sobre la habitación no había negociación, su residencia era el mejor y más seguro lugar en la zona, y no se arrepentiría de vivir bajo su techo. En cuanto al informe, a Mahmoud Selemtis, rico empresario y terrateniente libanés, no le agradaba que le llevaran la contraria. De no tratarse de un reputado y costoso experto extranjero, lo habría mandado al diablo en ese instante, pero había invertido una elevada cantidad de dólares en su contratación como especialista en Historia Medieval y entendía que, como intelectual, se trataba de un hombre raro y de extrañas manías. Quién si no se dedicaría a estudiar ese tipo de cosas.

—Bueno, que descanse y que luego vaya a verme sea la hora que sea —oyó decir.

—El señor Mahmoud le da la bienvenida a Líbano y ruega a Dios que su vida y estancia entre nosotros esté llena de salud y felicidad —transmitió Hassan ejerciendo de intérprete antes que traductor.

—Gracias.

Rodrigo no quiso desvelar que dominaba el idioma; de hecho, Hassan había omitido un par de exabruptos gritados por el contratante, pero optó por no dar a conocer esa habilidad, menos aún tras un recibimiento tan singular.

—También dice que no se preocupe por el informe —prosiguió el chófer—, que descanse cuanto precise y que cuando se sienta dispuesto se reúna con él no importa la hora, pero lo antes posible.

—¿Cuándo cree que llegaremos?

—En un par de horas, señor, puede aprovechar para dormir si lo desea. Este automóvil es muy confortable en su parte trasera.

Rodrigo sonrió, primero por la sutil reiteración de que se dejase de historias y comenzara a trabajar a la mayor brevedad, y segundo porque abundando en esa dirección, Hassan le aconsejaba con retórica árabe que aprovechara el tiempo para descansar y mantuviera la boca cerrada. En ese instante sonó su móvil, el conductor no pudo evitar echar un fugaz vistazo de nuevo desde el retrovisor. Puede que no hubiese ninguna intención fiscalizadora, pero para evitar susceptibilidades Rodrigo comentó que le llamaba una amiga y preguntó si le importaba que hablara con ella.

—Por supuesto que no, señor. Por favor, responda, estará preocupada por usted.

—Seguro que sí, pero se lo preguntaba para saber si al señor Mahmoud le importaría que en vez de descansar en la parte trasera de este cómodo turismo, charlara

con mi novia —exageró con una ironía que Hassan captó a la perfección.

—Para el señor Mahmoud la familia es lo primero, jamás encontrará otra persona que apoye más los valores familiares.

—Me alegra saberlo, porque mi novia y yo tenemos la costumbre de hablar varias veces al día cuando estoy fuera de casa, lo entiende ¿verdad?

Su inclusión en el razonamiento no gustó al chófer, quien sintió un repentino rechazo hacia su pasajero. Además, el hecho de que hablara con ella en alemán no supo si interpretarlo como gesto de mala educación o, peor aún, de desconfianza. Mientras Rodrigo se expresaba en la lengua de Hegel, Hassan lo remiró varias veces a través del espejo sin que en sus oscuros ojos se detectara rastro alguno de amabilidad.

Las manecillas del G-Shock negro de Rodrigo señalaban las siete y media de la mañana cuando el morro del BMW traspasó la cancela de Villa Toscana, residencia secundaria de la familia Selemtis. En el exterior, el sol cumplía con eficacia y la temperatura se disparaba por minutos contrarrestando los agradables veintidós grados del interior del vehículo. Cuando Rodrigo abrió la puerta, recibió la efusiva bienvenida del astro rey.

—Nunca me acostumbraré a esta primera impresión —dijo mientras se desperezaba sin recato junto al coche.

—Es lógico —respondió Hassan mientras desembarcaba el equipaje—, usted proviene de un lugar de temperaturas templadas junto al mar, pero no tardará en adaptarse. Ahora sígame, por favor.

Las pisadas de ambos removían el suelo de gravilla blanca importada de Italia. El diseño de la propiedad de Selemtis estaba inspirado en los palacetes toscanos, con largos senderos flanqueados por árboles frutales, fuentes de mármol, profusión de flores y una amplia extensión de césped. La vivienda, dos plantas rectangulares con amplios ventanales verdes, erigida en mitad de la parcela, relucía pintada en color albero. El lugar parecía apacible, solo se oía el trinar de los pájaros alegrando la mañana y el agradable rumor del agua en las fuentes.

A la izquierda, próximo a la doble escalera que conducía a la puerta principal, Rodrigo distinguió dos automóviles más estacionados bajo una marquesina, un Aston Martin descapotado color champán y un Range Rover blanco con los cristales tintados. Parecía evidente que los gustos de Selemtis se decantaban hacia la vieja Europa. Antes de entrar en la vivienda se detuvo en la puerta para contemplar el paisaje. Según le había comentado Hassan durante el viaje, la finca se extendía varias hectáreas alrededor de la vivienda, situándose el despacho de Selemtis justo en el centro. Toda la tierra que contemplara desde cualquier rincón de la casa pertenecía a la familia desde hacía varias generaciones.

Al igual que en el resto de la región, la orografía era montañosa, erizada de colinas, pequeños valles y vegetación mediterránea que comenzaba a desprenderse del verdor primaveral ante la inminente llegada del verano. De hecho, las primeras cigarras se dejaban oír ensayando su repertorio estival.

El interior de la vivienda permanecía silencioso, lógico por lo temprano de la hora y por ser sábado. Solo las

componentes del servicio de hogar se dejaban ver, uniformadas con cofia y delantal bajo el mando del mayordomo, un hombre de baja estatura, sonriente y que intentaba disimular su calva desplazando un puñado de largos cabellos de atrás hacia adelante, flequillo incluido. Cuando Rodrigo se fijó en el peinado no pudo evitar una fugaz sonrisa. Alguien capaz de arreglarse de esa manera demuestra una personalidad curiosa y carnavalesca.

—Bienvenido, señor Jasper —saludó el mayordomo en castellano.

—Gracias, señor.

—¿Desea tomar o comer algo? ¿Café, zumo quizás?

—Se lo agradezco, señor...

—Ahmed, señor, disculpe mi descortesía. Soy el padre de Hassan, el hombre que le ha traído desde Beirut.

Rodrigo asintió sonriendo.

—No se preocupe, Ahmed. Ahora lo único que necesito es una buena ducha y dormir unas horas. Luego aceptaré su amable oferta para tomar algo.

—En ese caso, por favor, sígame —indicó el mayordomo señalando hacia la escalera—, le acompañaré a su habitación.

Mientras subía, Rodrigo observaba la decoración de la vivienda, en la que predominaban los tonos ocres y la madera. Repartidos entre las distintas estancias, decenas de recuerdos de viajes, una vitrina con sables y espadas, dos enormes estanterías conteniendo libros antiguos y una abundante presencia de cuadros y esculturas. Ya en la planta superior, destinada al descanso y relax de la familia, le llamó la atención que el suelo estuviese enmo-

quietado, era la primera vez que veía algo así desde que comenzó a viajar a Oriente, quince años atrás. En un principio le transmitió una sensación extraña por creer que dada la climatología local, el recurso de una moqueta quedaba fuera de lugar, pero luego acertó al adivinar que si Selemtis era un enamorado del estilo continental, le importaría un bledo si era razonable o no.

De los tres pasillos en que se dividía la planta, Ahmed lo condujo hacia el de la izquierda, a través de cuyos ventanales la vista se perdía entre un inmenso olivar. La puerta de su habitación se situaba justo en mitad del corredor.

—Pase, por favor —indicó el mayordomo—. Esta es la mejor habitación de invitados, señor Jasper. Sígame y le mostraré por qué.

La habitación era inmensa, cien metros cuadrados, dos baños, vestíbulo, vestidor, terraza y acceso directo al jardín, la pista de tenis y la piscina. Disponía de una pequeña barra con microondas, cafetera Nespresso con la gama completa de cápsulas de café, un frigorífico repleto de refrescos, *foie*, salmón, caviar e incluso jamón de bellota empaquetado al vacío. A la derecha, junto al mueble que acogía la cristalería, cubiertos y vajilla necesaria para sobrevivir en tan exquisito universo, localizó su electrodoméstico favorito, una cava con capacidad para veinte botellas. Pulsó la luz interior y no pudo evitar enarcar las cejas por la agradable sorpresa. Allí, frente a él, esperando su correspondiente descorche, aguardaban caldos franceses, españoles y australianos, tintos y blancos, así como varias botellas de champán.

—¿Necesitará algo más el señor? —preguntó Ahmed, de cuya presencia se había olvidado Rodrigo obnubilado por el despliegue vinícola.

—No, claro que no, ya puedo apañarme solo. Muchas gracias, Ahmed.

—Para cualquier cosa que desee o precise, solo tiene que marcar el cero en el teléfono de la habitación, alguien subirá de inmediato para atenderle.

—De acuerdo, gracias de nuevo.

Mientras se despedía del mayordomo, otro empleado había subido el equipaje a la habitación. Cuando este se marchó, cerró la puerta, se descalzó y enfiló el cuarto de baño a paso ligero impulsado por el súbito apretón intestinal.

Cuando ocho horas después se despertó, fue consciente de que había dormido profundamente. La cama era cómoda además de grande, la quietud del entorno favorecía el descanso y la temperatura resultaba idónea para la relajación. Como de costumbre, en zonas o épocas de calor dormía sin pijama, solo con los calzoncillos tipo bóxer que solía utilizar. En las ventanas, las gruesas cortinas impedían que los rayos solares curiosearan en el dormitorio. Segundos después, una vez recuperada la visión, accionó el pomo y abrió la puerta que comunicaba con su balcón. A pesar de la alta temperatura exterior —rondaría los cuarenta grados centígrados—, la constante brisa que recorría el sur del país permitía soportar el calor sin especial esfuerzo, siempre que se mantuviera uno en la sombra.

Al curiosear en el balcón comprobó que disponía de dos hamacas de teca con sus correspondientes almoha-

dones y colchonetas en color beige, una mesa, dos sillas y una cubitera cubierta con un paño blanco. A lo largo de la barandilla, tres maceteros conteniendo vincas blancas le proporcionaban un aire alegre y elegante que le resultaba familiar y añorado. Por un momento se detuvo contemplándolos, parpadeó varias veces, sonrió al recordar una serie de agradables vivencias relacionadas con las flores y suspiró.

Luego, para huir de sus pensamientos, se desperezó y se aproximó a la barandilla atraído por el inequívoco ruido provocado por alguien que cae o se lanza al agua. Despeinado, con barba crecida de dos días y aún sin duchar, percibió que disfrutaba de vista directa sobre la piscina, donde en aquel momento se encontraban tres mujeres, dos tomando el sol en sendas tumbonas y otra nadando con buen estilo.

Como hombre, su primer e inconsciente impulso fue catalogarlas según su aspecto físico. Sobre las dos que se hallaban fuera del agua no tuvo la menor duda, morenas, de abundante cabello largo y oscuro, habían nacido para vestir el bikini negro que lucían, breve y escueto. Una de ellas, recostada sobre la tumbona leyendo una revista de moda, advirtió que las observaba, hizo un comentario a su compañera y las dos dirigieron sus miradas hacia él. Rodrigo no lo percibió hasta que la chica que leía alzó sus gafas de sol y lo miró con fijeza.

Él saludó alzando una mano y ellas rieron y comentaron. Quizás tuviera algo que ver con los calzoncillos de Rodrigo, su única vestimenta y que parecía haber olvidado. El timbre del teléfono de la habitación le obligó a abandonar tan privilegiada atalaya.

—Hola, señor Jasper, soy Ahmed. El señor Mahmoud está viajando desde Beirut y ha dicho que se reunirá con usted dentro de una hora en su despacho. Si lo desea puedo ordenar que le preparen su desayuno o almuerzo, lo que prefiera.

—Café y pan con mantequilla, Ahmed, será suficiente.

—¿No le apetecerá un zumo de naranja natural?

—Si me lo ofrece no lo rechazaré, me encanta.

—¿Cuánto tardará en bajar, señor?

—Quince minutos.

—Perfecto, encontrará su mesa preparada en el porche.

Rodrigo agradeció la atención y se despidió hasta poco después. Contaba con una hora de margen para prepararse, suficiente para estar listo cuando llegara Mahmoud Selemtis. Antes de dirigirse a la ducha e impulsado por la curiosidad, regresó al balcón para echar otro vistazo a la zona de la piscina, pero en esta ocasión no encontró a nadie. Las mujeres debieron marcharse solo unos segundos antes, porque el agua aún se agitaba de un lado a otro.

Una vez aseado y dispuesto, descendió las escaleras con rapidez. Se había entretenido más de lo esperado en el baño y solo dispondría de veinte minutos para comer, volver a subir, cepillarse los dientes y esperar a Selemtis en el salón. Por unos instantes dudó cómo llegar al exterior, no encontró a ningún miembro de la familia o del servicio para preguntar, parecía que no hubiese nadie más que Ahmed y él en la casa. Una oportuna risa de mujer le

llevó a mirar atrás y asomar la cabeza por una de las ventanas laterales del salón. Las bañistas cruzaban el jardín hablando entre ellas vestidas con largas camisas de algodón blanco y bordados en diversos colores. El hecho de que sus cuerpos estuviesen mojados provocaba que el tejido se les adhiriese a la piel y se transparentara, creando una imagen de innegable sensualidad y difícil abstracción.

—Hola, ¿podemos ayudarle en algo? —preguntó una de las mujeres, la misma que lo vio asomado al balcón. Había vuelto a cazarlo contemplándolas.

En un primer momento Rodrigo se sintió descolocado, no contó con que se habrían dado cuenta de su presencia, pero enseguida reaccionó.

—Hola, buenos días. Intentaba encontrar el camino para llegar hasta el porche.

El trío de mujeres se detuvo. La que inició la conversación desplazó sus gafas hacia atrás hasta dejarlas sobre su cabeza. Era una morena de ojos negros de serena belleza, largas piernas y sugerentes curvas, debía rondar las cuarenta y tres primaveras. Su largo cabello le caía sobre los hombros para humedecerle la camisa y potenciar su atractivo. En cuanto a las acompañantes, calculó que cumplirían los veintitantos.

—¿Es usted el señor Jasper, el famoso historiador?

Rodrigo no pudo evitar un fugaz sentimiento de vanidad al ser reconocido, sobre todo si provenía de una mujer como aquella.

—Sí, soy yo —respondió risueño.

—Soy Hanna, esposa del señor Selemtis, y estas son mis hijas, Mariam y Ruth.

—Encantado de conocerlas.

—Supongo que estará hambriento, señor Jasper, no queremos entretenerle más. Mi marido está a punto de llegar y es extremadamente exigente con la puntualidad, no lo olvide.

—Lo tendré en cuenta, señora.

—Atraviese el salón hasta el fondo en esa dirección —indicó—, y allí a la derecha encontrará una puerta de cristal que comunica con el jardín. Salga y gire a la izquierda, no tiene pérdida.

—Mil gracias, ha sido un placer conocerlas.

Hanna respondió con una amplia sonrisa que dejaba ver unos dientes blancos y perfectos. Las hijas, sin embargo, mantuvieron la economía de gestos del primer momento, ninguna abrió la boca ni le permitieron un mínimo de confianza. Cuando iniciaba el camino con las indicaciones proporcionadas por la esposa de Selementis, apareció Ahmed, con su menuda presencia y eterna sonrisa.

—Vine para ayudarle, señor, temía que no supiera llegar al porche.

—Gracias, la verdad es que no tenía la menor idea, pero Hanna, la esposa del señor Selementis, me ha ayudado indicándome el camino.

La expresión del mayordomo se tornó seria.

—Hay algo que debería saber, señor Jasper, y se lo cuento de hombre a hombre. El señor Selementis es una persona con un gran corazón, el más grande que he conocido, generoso hasta la exageración, afable y dispuesto a ayudar a cualquier persona que lo necesite, pero es celoso de sus posesiones.

Rodrigo no movió un músculo del rostro, no captaba el mensaje y Ahmed lo simplificó.

—Al señor no le gusta que otros hombres se acerquen o hablen con su mujer y sus hijas, evite situaciones que puedan dar lugar a confusiones y no comente que las ha conocido sin que él estuviera presente. En esta casa se considera una ofensa hacia su propietario.

—Gracias por el aviso, no sabía nada sobre ese tema. Le aseguro que por mi parte no se producirá ninguna situación que pueda disgustar al señor Selemtis. Solo voy a estar aquí unos días antes de regresar a España y no deseo causar problemas.

Ahmed recuperó su servicial sonrisa.

—Pues asunto zanjado; y si le parece, le acompañaré hasta la mesa y le serviré yo mismo. Será un placer.

Rodrigo realizó el recorrido detrás del mayordomo sin dejar de pensar en sus palabras. La verdad era que las mujeres le parecieron bellas y atractivas, a ninguna de ellas le hubiese negado unas vacaciones en un lugar exótico y tranquilo, pero era un profesional y aquella forma de pensar no era más que una licencia para liberar tensiones, un entretenimiento personal y secreto que solo debía incumbirle a él.

Una vez que se sentó en la terraza pensó que quizás hubiese sido mejor comer en la habitación amparado por la agradable temperatura del aire acondicionado. Aunque se encontraba a la sombra, el calor era intenso. El viento que corría, a diferencia de lo habitual, procedía del desierto, de modo que comenzó a sudar enseguida. Mientras acababa su café identificó la llegada de un automóvil

por el sonido de las ruedas al pisar la grava. Ahmed apareció enseguida para comunicarle que el señor Selemtis acababa de aparcar.

—Si quiere comenzar con buen pie su relación con el señor, espérele en la biblioteca, su despacho está al lado, le agradecerá comprobar que es usted tan puntual o más que él.

Rodrigo había finalizado parte del desayuno, pero aún no había probado el zumo de naranja.

—No se preocupe, señor Jasper. Le enviaré una jarra de dos litros a su habitación a media tarde.

—Gracias de nuevo, amigo. Me está tratando usted como si fuera de la familia, y para mí es un gran honor.

Ahmed sonrió satisfecho.

—Y le ruego que me indique cuando lo crea oportuno, las normas de funcionamiento de la casa, así evitaré provocar situaciones incómodas.

—No se preocupe. Se ve que es usted una persona inteligente, no teme dejarse aconsejar —respondió el mayordomo—. Ahora, si me lo permite, es el momento de cambiar de ambiente.

Cuando Mahmoud Selemtis entró en la biblioteca parecía cualquier cosa menos un hombre pausado. Caminaba con pasos cortos y rápidos mientras hablaba por teléfono con aire alterado. Vestía pantalón vaquero, camisa blanca sin corbata y chaqueta azul marino de doble pecho con botones dorados. Físicamente era un hombre corpulento al que le sobraban veinte kilos, llevaba el cabello cortado al cepillo y el moreno de su piel contrastaba con sus abundantes canas, pero a pesar de su prominente nariz y

las bolsas de los párpados, había algo en su conjunto que le hacía interesante. La tensión de la conversación que mantenía se traducían en violentos movimientos del Rolex de oro con el que se adornaba la muñeca derecha.

Rodrigo permaneció inmóvil mientras aquel huracán con forma humana pasaba ante él. Selemtis le dedicó una fugaz mirada antes de encerrarse en su despacho tras un sonoro portazo. Qué bien, qué buen momento para decirle que no tengo el informe que solicitaba, pensó, calculando si había actuado de forma correcta o no. El caso es que allí estaba, aguardando a que la parte contratante lo llamara y le expusiera la finalidad de su contratación.

Antes de abandonar la cama había leído el informe que le entregó el chófer en Beirut. Se trataba de un estudio sobre la presencia de cristianos en la zona durante la época romana, las persecuciones, las construcciones imperiales más destacadas y los diversos estilos arquitectónicos que podían identificarse entre los restos arqueológicos de la época. La documentación era profusa, con decenas de fotografías que demostraban la calidad de los edificios y la exquisitez de los labrados que adornaban sus fachadas.

Mientras se entretenía releendo el informe, Ahmed pasó ante él empujando un carro con varios platos de comida, una botella de vino blanco francés sumergida en una cubitera de plata y fruta abundante. El mayordomo no se detuvo, abrió la puerta del despacho, situó el carro junto a la mesa de Selemtis y abandonó el lugar con la misma velocidad y silencio que empleó para entrar.

Al cabo de quince minutos, cuando el reloj de Rodrigo marcaba las tres y veinticinco de la tarde, se oyó una

potente voz desde el interior del despacho indicándole que entrara.

—¿Puedo pasar? —preguntó al abrir la puerta.

—Por favor, señor Jasper, entre y siéntese —indicó Mahmoud Selemtis con aspecto más relajado. Incluso los lobos se tranquilizan después de aplacar su apetito—. Disculpe mi retraso, es algo que odio desde pequeño, no sé por qué pero es así. Le exijo a todo el personal que trabaja para mí una puntualidad absoluta, tanto para comenzar como para finalizar, no piense que me aprovecho de mis empleados, solo les pido que cumplan el horario a rajatabla, como hago yo.

En ese instante se detuvo para comer un trozo de melón. Luego prosiguió.

—Por eso, la primera norma que recalco a mis empleados es la puntualidad, y reconozco que ha sido reconfortante comprobar que usted en su primer contacto conmigo me ha superado, le felicito.

Rodrigo asintió sonriente mientras agradecía en silencio el consejo proporcionado por Ahmed.

—Yo soy igual, señor Selemtis, la puntualidad es la base de un buen trabajo —improvisó para ganarse a su empleador—. En mi época de profesor denegaba el acceso a clase de todo alumno que llegara tarde. Otros compañeros eran menos estrictos en ese tema, pero conseguí que al finalizar el primer trimestre del curso la totalidad de mis alumnos estuviesen sentados en su lugar a la hora indicada.

—Espléndido —comentó Selemtis—. Coincidir en un tema tan importante facilitará nuestra relación; y dígame ¿qué planes tiene para los próximos meses?

Rodrigo no supo cómo interpretar la pregunta, desconocía si se refería al tiempo que permanecería en Líbano o al resto de actividades que le aguardaban en España y varios países europeos a su regreso.

—Tengo una densa planificación para el resto del año, justo en un mes inicio mi recorrido anual por varias universidades europeas y norteamericanas en las que soy profesor invitado e imparto distintos ciclos de conferencias.

Selemtis se retrepó en su sillón y entrelazó sus manos sobre abultada barriga.

—Pues me temo que tendrá que alterar sus planes, querido profesor, porque aquí le espera una cantidad de trabajo como jamás imaginó.

Ahora fue Rodrigo quien se removió en su asiento, un sofá francés de cuero anterior a la Primera Guerra Mundial que perteneció al general Petain.

—No entiendo qué quiere decir.

—Si hubiese estudiado la documentación que le hice llegar habría adivinado por qué le contraté, pero entiendo que no he sabido señalarlo o usted no ha sido capaz de comprenderlo.

Rodrigo hizo un leve mohín con la nariz, a estas alturas de su vida no admitía que nadie, por archimillonario que fuese, le llamara la atención, menos aún en cuestiones profesionales. Aun así, prefirió callar y esperar, la paciencia era una virtud árabe que cultivaba desde su juventud.

—Tiene antes usted la oportunidad de desarrollar una investigación hasta ahora única en el mundo, jamás nadie ha hecho nada parecido y será difícil que pueda repetirse —anunció grandilocuente Selemtis.

—Debo estar realmente torpe si he sido incapaz de ver algo tan espectacular como lo que me cuenta —contraatacó Rodrigo. Selemtis sonrió con la heladora complacencia de un áspid en una pirámide.

—Mañana madrugaremos, querido profesor. Yo mismo le guiaré al lugar en el que va a trabajar los próximos meses, cerca de aquí, y no sabe cómo deseo ver su reacción cuando le muestre mi más grande tesoro.

Rodrigo permaneció en silencio, centró su mirada en los ojos de Selemtis y le pareció observar que empequeñecían hasta quedar convertidos en dos diminutos puntos negros. Abrir una discusión sobre el tiempo que le pensaba dedicar a esta investigación no tenía sentido, puesto que una de las cláusulas de su contrato especificaba que en ningún caso permanecería más de una semana realizando trabajos de campo. Él era el director del proyecto, no el arqueólogo.